

## Nuevo significado de la Navidad

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**L**A Navidad es para el católico —y también para muchos que no lo son— el recuerdo del nacimiento del fundador del cristianismo. Un personaje excepcional en el curso de la Historia. Excepcional por muchos motivos, pero no el menor por haber sido quien ha inspirado la conducta de muchos hombres que han marcado con una impronta decisiva las diferentes épocas de la Humanidad.

Creyentes y no creyentes han apreciado su figura, y para cada uno representó un modelo muy diferente y aun contradictorio.

Jesús ha sido el personaje de la contradicción, la paradoja viviente.

En su nombre, todo se ha justificado: ayer, las bárbaras Cruzadas, que pretendieron poco menos que implantar la fe por la fuerza de las armas y terminar con los contrarios —los mahometanos— consiguiendo su exterminio o sometiéndolos a cominio absoluto. Y más tarde la Inquisición, que germinó en toda Europa en plena Edad Media —salvo en las tolerantes Castilla y León—, y que intentaba controlar la decisión personal de la fe entrando en el sagrado recinto de las conciencias por la fuerza de la coacción y la tortura.

Y ahora —en nuestra edad contemporánea—, el violento integrismo religioso-político enarbola la cruz como un signo de poder contra todo aquel que no piense como los detentadores de esta agresiva actitud política-religiosa. Lo mismo entre nosotros que ahora en Chile o Argentina, se ha dado esta punzante planta que hiere todo aquello que toca y que no se pliega a su dictatorial acción.

Pero, al mismo tiempo que esta inspiración negativa y rechazable, se abre en la Historia un cauce positivo marcado por el Evangelio de la paz, del amor y de la convivencia. Jesús se alza con atractivas cualidades que —de ser aplicadas al mundo— se abrirá una época nueva para los hombres que andamos día tras días padeciendo los afanes del quehacer cotidiano.

Fue San Pablo —el discípulo apasionado de Jesús— quien canonizó la unión de la pareja humana como un enlace de amor vivo y operante, y no como el simple contrato más de ventaja social que de responsabilidad individual que existía en el mundo antiguo. O quien pretendió —en forma todavía demasiado ingenua— la suavización de la explotación del hombre por el hombre, encarnada en la institución de la esclavitud.

Y San Francisco de Asís, el ensalzador con su ejemplo del trabajo sencillo para todos y de la acción pacífica para transformar la injusticia del mundo, y que en vez de despreciar como un rígido asceta las bellezas naturales del mundo, disfrutó ingenuamente de lo pintoresco de un paisaje o de lo arrobador de la música.

Fue Cristo quien inspiró a Fidel Castro al emprender la transformación liberadora de Cuba, confesando que su revolución marxista "se inspiraba en el Evangelio". O el psicoanalista Wilhelm Reich, en su lucha contra el hipócrita puritanismo, quien dijo que propugnaba su revolución sexual —independientemente de su modo concreto de realizarla— porque "Cristo es asesinado cada vez que se reprime la espontaneidad".

Y los estudiantes del Mayo francés de 1968 plagaron las paredes de la Universidad de nuevos lemas de sabor evangélico, que para ellos significaban claramente la liberación del modo burgués de vivir. O el guerrillero Camilo Torres, lanzado a conquistar la justicia por la mano, o los pacíficos como Martín Lutero King. Todos ellos se inspiraron en una praxis liberadora que bebieron en las fuentes del cristianismo.

Este personaje, Jesús, que rehusó para su acción los medios poderosos —la gloria, el poder y el dinero— desde su nacimiento, debía hoy inspirar no sólo a los grandes hombres que descuellan entre los avatares de la Historia, sino a quienes vivimos enfangados en el tráfico diario de la profesión, la política o el duro laborar. El niño de las figuritas del Belén quiere inaugurar una nueva etapa humana con algo más que la simple ingenuidad: pretende la encarnación de lo divino en las cosas terrenas. El cristianismo resulta, en el contexto de la historia de las religiones, un fenómeno extraño y único: huye de la sola evasión hacia el cielo y planta sus pies también entre los hombres. Sus santos son santos terrenos, preocupados por la política de su país, como Juana de Arco; o de la educación popular, como San Juan Bosco; o de la injusticia social preconizada por el individualismo, como Santo Tomás Moro. Porque aquellos otros que figuraban en el Año Cristiano entre maceraciones corporales y milagros celestiales son santos salidos todavía del paganismo y no del marco evangélico hecho de sencillez, ayuda mutua y preocupación por los demás.

Su meta no es la salvación desentendiéndose del mundo, sino el advenimiento con nuestro esfuerzo de unos "nuevos cielos y nueva tierra", como pedían a una San Pedro o el Apocalipsis, en donde reinen la paz, la libertad y la justicia.

El Evangelio pretende ser una utopía concreta, no una utopía idealista que encarna el amor en cualquier signo que ayude a los hombres, y que por más que olviden sus poco dignos seguidores el sentido de su mensaje, siempre surge una voz —a veces totalmente ingenua— como la de Bossuet, diciendo, en la edad del florecimiento en Francia de los ricos y los poderosos, que éstos no se salvarán sino por la intercesión de los pobres.

El cristianismo debe ser la encarnación del espíritu en el pan y en la piedra, y no el escape de la vida humana por medio de una ilusión que no tiene consecuencias individuales y sociales al mismo tiempo.

El Belén de estos días es digna representación de todo esto con sus ingenuos misterios populares del nacimiento virginal, de la adoración de los Magos, de la anunciación del ángel, del homenaje de los pastores, del abandono en un pesebre calentado sólo por la presencia de unos animales domésticos. Misterios que debemos intentar los cristianos desmitificar para buscarles su sentido para hoy.

El es el que nació más bien de un deseo virginal del pueblo todo que de una madre de carne y hueso, porque fue "el deseado de las naciones", anhelado por las paganas Sibilas o por el poeta romano Virgilio, o por los miles de hebreos que vislumbraban la venida de un libertador de la opresión social ejercida sobre ellos por el Emperador romano.

Hoy somos también muchos los que —creyentes o no— podemos inspirarnos en su ejemplo para recibir aliento en nuestra desalentada época, ánimo para superar nuestro cerrado horizonte, fuerza para salir de la envilecedora corrupción que nos envuelve, sentido de la responsabilidad ante la gran tarea que tenemos ante nosotros y que nos abruma al pensarla.

Y esto sin sentimentalismos ni escapatorias, como algo más bien que es producto de la reflexión y la responsabilidad de todos y de cada uno, sean los que sean los símbolos en los cuales creamos o no creamos. ■